



CAPÍTULO VIII

HONRAS DE FELIPE II

Recíbese en México la noticia de la muerte de Felipe II.—Acuerda el Tribunal del Santo Oficio celebrar exequias solemnes.—Pésame que da al Virrey.—Novenario de misas.—Fábrica del túmulo en la iglesia de Santo Domingo.—Adorno del templo.—Acompañamiento del Tribunal.—Celebración de las exequias.

Hallábanse solos en el Tribunal el licenciado Alonso de Peralta, que hacía de inquisidor, y el doctor Martos de Bohórquez, que desempeñaba la fiscalía, cuando se recibió en México la noticia de la muerte de Felipe II. Luego que se divulgó por la ciudad, produjo profunda consternación. Las campanas de todas las iglesias comenzaron á doblar en la mañana, y siguieron su fúnebre tañido á medio día y á las oraciones; los oidores vistieron lobs y capirotos, y fue tal el duelo manifestado por las principales clases sociales, que al decir de un escritor contemporáneo, más parecía que los ciudadanos se ocupaban de sus propias exequias que de los negocios ordinarios de la vida. Como se comprenderá, el Tribunal del Santo Oficio, que debía su existencia á la voluntad de aquel monarca, estaba llamado

en la mano, clavados los ojos en él, arrebatado, al parecer, en éxtasis. El difunto monarca estaba representado á medio armar, sólo con peto, espada y faldones. En lo alto del testero de la tumba se leía un soneto «de la Compañía de Jesús» y al pie de él un epitafio latino bastante alambicado por cierto. La estatua quedaba vuelta hacia el altar y por la altura en que se hallaba era fácil verla de todos los ámbitos del templo.

Estando ya todo preparado en la forma dicha, á las tres de la tarde del 31 de Marzo de 1599 salió el Inquisidor de las casas del Santo Oficio, acompañado de sus ministros y oficiales en el mismo orden en que se fue á dar el pésame al Virrey, llevando todos loras y capirotos con faldas tendidas; y atravesando el séquito por entre dos murallas humanas la plaza de Santo Domingo, llegó á la entrada del convento, donde los provinciales y priores de todas las órdenes religiosas con gran número de frailes esperaban al Inquisidor para conducirlo á la capilla mayor, que estaba también toda colgada de negro, á cuya mano derecha se veía el asiento de Peralta y en seguida los de los provinciales, calificadores, abogados y demás ministros del Santo Oficio por su orden y antigüedad. El cuerpo de la iglesia hallábase repleto de gente, habiéndose dado asientos arimados á la reja principal á las señoras de más distinción, que todas concurrieron con tocas y vestidos de luto.

«La capilla de la sancta Iglesia catedral de esta ciudad, sin que faltase ministro della, asistió. Comenzó el dirigé entonando el maestro, y luego el lleno. El primero salmo á canto de órgano con un compás grave y sosegado, y admirable armonía y consonancia de voces, que además de ser escogidas casi todas, son triplicadas. Acabado el primero salmo, cantaron los dos á canto llano los dos coros de los religiosos, y dichas las antífonas de ellos á canto de órgano, se dijo la primera lección con el mismo lleno que el primer salmo. Acabada la vigilia con grande autoridad bajó de la capilla al lugar del túmulo, y habiéndoles dado velas de cera á todos, y á los religiosos de las Ordenes (que de esto tuvo mucho cuidado el maestro de ceremonias del Santo Oficio) comenzó la capilla el responso *Ne recorderis*, con extraña sonoridad y concierto de voces y pausas, tan suaves, que movieron á devoción y ternura á los asistentes. Salió el maestro don Juan de Cervantes, arcediano de la metropolitana, cali-

ficador del Sancto Oficio y juez ordinario en él, gobernador en este arzobispado, que hizo el oficio revestido con capa de brocado negro, y diáconos con almánticas de lo mismo, turibularios vestidos con almánticas de terciopelo negro y incensarios de plata ricos, y ceroferrarios, que con la mesma vestidura llevaban dos hermosos ciriales ricos de plata, en que iban dos grandes cirios ardiendo; venían delante doce sacerdotes graves con sobrepellices, que acompañaban el preste; y habiendo acabado el responso é incensado todo el ámbito del túmulo, que estaba bien espacioso para que se pudiese hacer esta ceremonia y la del agua bendita, que, habiendo incensado, por el mesmo orden la echó por todo el circuito; dijo luego la oración con mucha devoción, y acabada, y el *requiescat in pace*, por el orden que vino el acompañamiento, volvió, y llegado á la puerta de la entrada del convento, sin consentir el Inquisidor que ninguno de los religiosos saliese fuera, procedió con sus ministros y oficiales hasta volver á su casa».

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, se repitió el acompañamiento de la vispera, se dijo la misa por el arcediano de la Catedral, habiendo predicado el sermón fúnebre el dominico fray Juan Diaz. Concluida la misa, «la capilla bajó al túmulo y dijo el responso á canto de órgano con la mesma pompa que el día antes, dándose á todos velas de cera blanca con la abundancia que se dijo en la vigilia, y á otros muchos religiosos que de nuevo vinieron á la misa. El preste incensó el túmulo, y echó el agua bendita por el orden que el día antes y con los mesmos ministros de acompañamiento. Acabada la oración y *Dominus vobiscum*, la capilla dijo á canto de órgano el *Requiescat in pace*, con que se concluyeron estas exequias célebres, y misa que en ellas se celebró.»²

2. La celebración de esta fiesta inquisitorial ha sido contada en un libro de cerca de 400 páginas en 4.^o, intitulado *Relación historizada de las exequias funerales de la Magestad del Rey D. Philippo II, etc.*, que se imprimió en México, en 1600 y cuyo autor fue el doctor extremeño Dionisio de Ribera Flores, canónigo de la Catedral de aquella ciudad y consultor del mismo Santo Oficio, á quien se debió también el adorno del túmulo y la invención y traza con que se vistió. El libro está lleno de una erudición tan vasta como ajena, al parecer, de las circunstancias que lo motivaron, pero que se explica cuando sabemos que no se menciona ceremonia alguna, inclusa la de sacarse el sombrero, sin que nuestro canónigo inserte cuantas citas de autores le venían á la memoria.

Pero, prescindiendo de eso, la obra de Ribera contiene algunos particulares

relacionados con el Santo Oficio en general y con el Tribunal de México más especialmente que pueden ser útiles al historiador. Por supuesto que sostiene que Dios fue el primer inquisidor cuando desterró á Adán y Eva del paraíso terrenal, y el primero que estableció también la práctica de confiscar sus bienes á los reos de fe... Explica el significado de las insignias con que aquéllos salían revestidos el día del auto, desde la corozca hasta el sambenito; é indica algunos de los autos de fe celebrados hasta entonces en México y especialmente el del 8 de Diciembre de 1596, de cuya relación se aprovechó García Icazbalceta en la *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, y aún nosotros en algunos de sus detalles, como se habrá visto en el lugar correspondiente.



CAPÍTULO IX

OTRO AUTO FAMOSO

Procesión solemne de la Cruz Verde.—Fábrica del tablado y prevenciones del brasero (nota).—Reos de varios delitos, una hechicera, blasfemos, bigamos.—El clérigo Juan Plata tenido por santo.—Sospechosos en la secta de Calvino.—Reos de proposiciones heréticas.—Los que abjuraron *de vehementi*.—Reconciliados por diversos delitos.—Ingleses y holandeses.—El impresor Cornelio Adrián César.—Portugueses condenados á prisión perpetua y confiscación de bienes.—Tócales el turno á tres niñas, una de ellas de edad de catorce años.—Salen los condenados á la hoguera: Simón de Santiago, Tomás de Fonseca y doña Mariana Núñez de Carvajal.—Incidentes del suplicio de estos reos.—Uno que iba á ser relajado, es vuelto á la carcel.—Estatuas de los muertos y fugitivos.

Se contaban apenas dias desde que habia empezado á correr el siglo XVII, cuando los inquisidores disponian la celebración de un majestuoso auto de fe que debia tener lugar, según lo anunciaba el pregón que se publicó con las solemnidades de estilo el 15 de Febrero, el 25 de Marzo de 1601, tercer domingo de Cuaresma. Hizose la vispera una procesión solemnisima, en la que fueron más de 700 clérigos y frailes, con sus respectivas velas de cera, para llevar desde la iglesia de Santo Domingo la cruz verde al sitio del tablado, que se levantó «en el corredor y arrimado á los portales de los mercaderes y sederos

especialmente á extremar las manifestaciones de su duelo con motivo del suceso que tan consternados traía á los habitantes de México.

Una tarde se vió, en efecto, salir de las casas del Santo Oficio precedidos de los empleados del tribunal, formados por el orden de sus puestos, á Peralta y á Bohórquez, todos vestidos de riguroso luto, que se dirigian á palacio á dar el pésame al virrey, como representante de la autoridad real. En lo alto de la escalera esperaban á la comitiva inquisitorial el capitán de la guardia, mayordomo, camarero, maestre-sala y criados del magnate, todos enlutados, quienes recibieron á los inquisidores y los condujeron á la sala, despojada al intento de sus colgaduras, en que se hallaba don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, sentado, vestido como las circunstancias lo requerian y cubierta la cabeza. En medio del más profundo silencio hicieron allí su entrada los inquisidores, que se inclinaron ante el virrey, y habiendo tomado asiento, mientras sus acompañantes permanecían de pie, y sombrero en mano, después de una breve pausa, dióle Peralta el pésame por la muerte del monarca, levantándose de la silla y quitándose el bonete las veces que le nombró en el discurso de su plática, á la vez que sus acompañantes hacían una reverencia y profunda inclinación, ofreciendo en conclusión su persona y autoridad del tribunal á lo que se ofreciere, «y quitando el bonete y hecha su inclinación feneció su plática».

Después de una breve pausa, el Virrey, con aspecto grave y palabras muy sentidas, manifestó á los inquisidores que estaba cierto que en aquellas circunstancias habrían de hacer las demostraciones correspondientes á la pérdida de tan gran monarca, que agradecía desde luego y de que ofrecía dar cuenta al nuevo soberano; ponderó el pesar que personalmente sentía, y concluyó pintando la inconstancia de la vida, que pasaba como una imagen. De la presencia del Virrey, según aseguraba uno de los que asistió al acto, salió el Inquisidor «no poco consolado y el acompañamiento contento».

Peralta dispuso en seguida celebrar un novenario de misas, que principió en su capilla el 24 de Marzo de aquel año (1599), saliendo de su cuarto acompañado de los calificadores, capellanes, abogados y familiares del Santo Oficio. Al intento, colgóse

de negro, no sólo la capilla misma, sino también la pieza que estaba antes de ella, las imágenes, la peana del altar, el misal, etc. Durante la ceremonia los ministros estuvieron de pie, porque solo se pusieron asientos para el Tribunal. Peralta se hizo asistir de seis capellanes con sobrepellices, habiendo reinado en el curso del acto tal silencio, que dió lugar á que se sintiese el ruido sordo que hacia la cera que ardía en los blandones y en las velas, silencio que los asistentes tuvieron desde que se comenzó el evangelio hasta que se acabó la misa; después de la cual, levantado el inquisidor de su oración, salieron todos acompañándole de dos en dos hasta dejarle en su cuarto, orden que se guardó durante ocho días seguidos. El noveno estuvo dedicado á las exequias.

Celebráronse éstas en la iglesia de Santo Domingo, en cuyo centro se fabricó un túmulo «de maravillosa y singular arquitectura», al decir de un contemporáneo, que ocupaba un cuadro de cincuenta y dos varas y subía hasta veintiséis, por unas gradas espaciosas, y cuya descripción sería largo de contar.¹ Baste decir que había en él ocho estatuas alegóricas en el primer cuerpo, y que sobre el segundo se veía otra de cuatro varas de alto, puesta al desnudo, y que representaba el Tiempo con sus alas tendidas. Se pusieron también cuatro figuras de la Muerte, de tres varas de alto, y cuatro reyes de armas, con mazas á los hombros y escudos de armas reales en los pechos: todo adornado con las correspondientes insignias, cartuchos y leyendas alusivas á lo que se quería representar y con abundancia de banderas negras con escudos de plata y oro y una multitud de cirios y hachones que alumbraban con toda claridad dos cuadros alegóricos de la Fama y la Victoria que se habían puesto en dos costados del túmulo, pintados al óleo por Andres de Concha; y la principal figura de aquella máquina estupenda, digna rival, por lo que se ve, de la que con idéntico motivo se levantó en la catedral de Sevilla y dió margen al famoso soneto de Cervantes.

Veíase, en efecto, la estatua del monarca sobre la tumba, hincado de rodillas en un cojín de brocado negro, con un crucifijo

1. El inventor de aquella grandiosa máquina fue Alonso Arias, arquitecto muy celebrado en su tiempo y «artificiosísimo en la armonía de los relojes».